

mil hombres. Aun estos fueron finalmente alcanzados, acuchillados y en su mayor parte hechos prisioneros por las tropas brandeburguesas, primero por la caballería y después por la infantería, que para llegar más pronto había pasado los alfaques de Kur y Frisch helados en trineos. Solo mil quinientos combatientes suecos volvieron a pisar la Livonia en febrero de 1679. Esta campaña de doce semanas fue el glorioso remate de las acciones guerreras de Federico Guillermo.

Mientras el elector demostraba por última vez su superioridad militar sobre los suecos, había empeorado notablemente la situación política general y muy especialmente la suya, porque contra todas las seguridades y denegaciones el emperador había hecho también la paz con los franceses el 5 de febrero de 1679 en Nimega, dejando al rey cristianísimo la plaza de Friburgo en el Breisgau, ordenando la restitución de todas las conquistas hechas a la Suecia, y poniendo a disposición del francés un camino militar con sus etapas determinadas al través del imperio para que pudiese imponer la paz con las armas en la mano a los coligados del Norte. El emperador había calculado que de ningún modo le convenía que el elector de Brandeburgo conservara el resto ó sea la parte sueca de la Pomerania, porque cuando no tuviese nada que temer ya de esta potencia, no iría tampoco a buscar la amistad del Austria. Los soberanos de Brunswick y de Munster se adhirieron al mismo tratado de paz, que una vez más sancionaba la soberanía de la Francia sobre la Alemania miserable y dividida.

Los franceses entraron en el ducado de Cléveris que pertenecía al elector de Brandeburgo, el cual tuvo que reconocer que él solo no era bastante contra los franceses, suecos y polacos, y así entró en negociaciones con el omnipotente rey Luis XIV para ver si podía salvar siquiera del naufragio la plaza de Stettin, aunque fuese renunciando a las fortalezas del territorio de Cléveris. Para tratar de la paz se celebraron entre ambos potentados repetidos armisticios hasta mediados de mayo del año 1679; mas todo fue en vano; el rey de Francia resistió con inquebrantable firmeza a todas las promesas seductoras del astuto elector, insistiendo en la completa restitución de todo el territorio de su aliada la Suecia; y concluido el último armisticio, antes que hubiesen podido regresar las tropas brandeburguesas del extremo oriental, ó sea del ducado de Prusia, ocupó el mariscal de Crequí con 30,000 hombres todo el territorio de Cléveris y la Marca, avanzando hasta Minden, sin que lo pudiesen impedir las débiles guarniciones brandeburguesas con toda su heroica resistencia. Nadie se alzó en favor del elector, el cual reclamó en vano el auxilio que le debían la Holanda y el emperador en virtud de los tratados de 1674. El gobierno francés amenazaba romper las negociaciones si el elector no se decidía; y en el patio del palacio de San German aguardaban ya los correos a caballo la orden de partir para llevar al mariscal de Crequí la de pasar adelante, cuando llegó la carta de conformidad del brandeburgués con los poderes para su representante autorizándole a firmar el tratado de paz. Con amargo pesar había resuelto Federico Guillermo a restituir lo que en cuatro años de luchas gloriosas había conquistado,

porque esta paz firmada en 29 de junio de 1679 en San German en Laye, epílogo de la de Nimega, devolvió a la Suecia toda la Pomerania anterior, quedando para el Brandeburgo solo la pequeña faja situada en la orilla derecha del Oder, y 300,000 escudos de oro que Luis XIV se comprometió a pagarle como indemnización de guerra. Dominado por la ira y el pesar dicen que Federico Guillermo exclamó: *Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor!* palabras dirigidas, no contra el enemigo franco y leal, sino contra los aliados falaces y en especial contra el emperador. Con razón sobrada añadió que no era la Francia la que le obligaba a hacer la paz, sino la deslealtad de sus aliados, y que vendría día en que se arrepentirían amargamente de su proceder falaz.

En setiembre del mismo año de 1679 en el tratado de Fontaineblau, sometióse también a la imprescindible necesidad el rey de Dinamarca, el cual no solamente tuvo que restituir todas las conquistas sin recibir ninguna indemnización, sino que además del daño hubo de sufrir de la parte del rey de Francia el insulto y bafa de no recibir el tratamiento de Majestad.

La gran obra de pacificación había llegado a su término. Luis XIV había forzado a la Europa a someterse a sus condiciones, y había demostrado que era superior a toda la Europa coligada contra él. Verdad es que había logrado este triunfo con la ruina de las clases productoras de su reino; menos con las armas que con las hábiles arterias y sobornos de su diplomacia; pero el resultado era de todos modos evidente. Sin embargo, no había logrado el altanero rey de Francia el objeto primordial de tan grandiosa lucha, a saber: la humillación definitiva y perpetua de la Holanda, bien que por otro lado valía mucho más lo alcanzado, porque además de otro importante trozo de la Bélgica y del Franco-Condado, que redondeaba admirablemente su territorio, había conquistado el reconocimiento de su superioridad sobre los demás Estados europeos reunidos y por lo mismo la conciencia de su poder omnímodo. Desde aquel momento su ambición no conoció ya vallas, se creyó dueño del mundo entero; las otras naciones le temían también como tal, y pronto debieron sentir en su daño que realmente lo era. Acaso habría realizado su sueño de imponer a la Europa impotente, bien que mal de su grado, su dominio universal, ó como se decía entonces su monarquía universal, a no ser por un individuo enfermizo, hosco y hasta entonces desgraciado en todas sus empresas, que con vista clara y voluntad de hierro le observaba, y le combatía con incansable tenacidad y perseverancia como único enemigo de la libertad y tranquilidad públicas. Este individuo que le estaba acechando desde los diques de un rincón extremo de Europa, delante de cuyas puertas abiertas la fortuna había abandonado ya una vez al gran rey, era Guillermo III de Orange.

Por lo pronto desfogó la rabia que le causaba la paz de Nimega en no interrumpidas caserías, mientras todas las naciones, como paralizadas de espanto, se inclinaban delante del gran rey a orillas del Sena.

Desde Cárlo-Magno no había habido otro rey como Luis XIV.

LIBRO SEGUNDO

LUIS XIV DUEÑO DE EUROPA

CAPITULO PRIMERO

LUIS XIV Y SU CORTE

Había llegado el rey Luis XIV a la meta de sus deseos ambiciosos. La Francia, es decir él, oscurecía con su brillo a todos los pueblos; todos le temían y todos le miraban como señor del mundo. Él mismo se creía en posición de mandar a todos y de disponer a su antojo de la suerte de los demás potentados.

Este foco del mundo, este rey Luis XIV, tenía entonces 41 años; era de elevada estatura y de formas bien proporcionadas. Su salud y robustez contribuían a la majestad de su persona, que unida a una gracia en todos sus movimientos y a una dignidad innata, le hacían aparecer como destinado ya por la naturaleza a ceñir una corona y ocupar un trono. La salud de que rebosaba era la admiración de todos, porque las privaciones y el cansancio parecían no tener ninguna influencia sobre aquel cuerpo de bronce. Hay que decir, sin embargo, que Luis XIV hacía un verdadero estudio de todo lo que tocaba a su persona, y principalmente a su salud corporal. En los días de más ocupación no descuidaba su paseo acostumbrado, y no siendo aficionado a la caza la cultivaba sin embargo por motivos de salud, tanto en los ardores estivales como en los helados días de invierno, abandonándola a menudo en los momentos más interesantes para mostrar el poco caso que hacía de ella como diversión ó pasión. Con estos ejercicios y otros militares había logrado vencer los frecuentes ataques nerviosos que había padecido en su juventud, y su inclinación a la obesidad, que juzgaba de todo punto incompatible con la dignidad de uno de los reyes más grandes de la tierra. Su cara expresaba seriedad sin aspereza, y su trato era afable y bondadoso, con lo cual aumentaba el valor de sus mercedes. En el año 1675 introdujo la célebre y majestuosa peluca rizada que vemos en su retrato y que desde Versalles conquistó toda la alta sociedad de Europa. Su voz agradable y sonora favorecía su modo de expresarse que sin ser elocuente era claro y discreto.

No le gustaba ser sorprendido con solicitudes ni peticiones. Debían entregarse primero al ministro correspondiente a fin de que un error ó un momento de precipitación no menoscabase su régia infalibilidad, por cuya razón era en general muy pausado en sus juicios y resoluciones, siguiendo en esto por una parte los consejos de su inteligencia clara, y por otra los de su incommensurable egoísmo y ambición insaciable. Tenía por absolutamente incompatible con su dignidad toda muestra de excitación ó de pasión, y consideraba el disimulo y la serenidad imperturbable como las virtudes más altas de un rey. El monarca según él debía estar ó parecer por encima de todas las pasiones humanas como la divinidad. Nadie jamás vió su hermosa y fría fisonomía desfigurada por la cólera, ni el pesar, ni el odio. Cuando el delfín, su único hijo legítimo, estuvo a punto de morir, mandó aquella tarde recrear los oídos de la corte du-

rante la comida con tocatas alegres para disimular mejor su inquietud en momentos tan graves y de tanta trascendencia bajo todos conceptos. A la muerte de su esposa pagó el tributo de sentimiento con breves lágrimas para volver inmediatamente a su expresión serena acostumbrada, en la cual ninguna mella produjeron ni la pérdida de una querida, ni la de sus hijos ilegítimos ni la de sus ministros. Igual serenidad mostraba en los momentos de fortuna y de alegría. Con su ejemplo fomentaba la inmoralidad y la licencia; pero velaba con un celo exagerado por la apariencia honesta y decorosa de su corte. En la galantería que mostraba en el trato con el bello sexo, jamás había nada que desdijese de su gravedad de soberano, nada de indecoroso. En general mostraba con las mujeres una exquisita y respetuosa delicadeza según la costumbre española heredada de su madre. «Jamás, dice en sus memorias Saint Simon (1), pasaba por

(1) La mejor edición de las célebres *Memorias de Saint Simon*, es la de Chéruel y Regnier, París 1873, en 20 tomos. Saint Simon nació en el año 1675 y falleció en 1755. Los materiales de sus memorias, acumulados durante toda su vida, fueron inmensos. En el día existen todavía en el archivo del ministerio de negocios extranjeros en París, 229 tomos de noticias manuscritas y datos interesantes del mismo autor; pero como redactó sus memorias en edad proveya, entre los años 1743 y 1752, resulta que padecen naturalmente de cierta inexactitud, bien que se conoce que se propuso ser estrictamente verídico, lo cual no impide que su imaginación viva le ayudase a llenar algunos claros en los puntos a donde no llegaban sus datos. Observador penetrante y sagaz como pocos, y criado en la corte, conocía muy bien a sus personajes principales y de mayor influencia; pero era hombre apasionado de su ideal político, y dominado por preocupaciones aristocráticas las más exageradas y ridículas. Su ideal político era que los magnates, los duques, pares del reino debían gobernar, como en la Edad media, tiempo que por supuesto se figuraba a su modo. A los que no participaban de su idea, a los que no eran del partido aristocrático-quietista los perseguía con la hostilidad más mezquina y brutal, como entre otros a Mazarino, Ana de Austria, al mismo Luis XIV, a la señora de Maintenon, a los bastardos del rey, a Vendôme, Villars, etc. Poco accesible a la política grande, ignorante en el arte militar, de una educación literaria incompleta, se complacía en reducir los grandes sucesos a causas nimias, haciendo la historia escandalosa base y causa de la general. Pero fuera de estos defectos, era un habilísimo analizador del corazón humano y artista incomparable en la descripción de personas y cosas. Su estilo, a menudo incorrecto, es vigoroso, pintoresco y expresivo.

Respecto de la historia de sus memorias, ha publicado Arm. Baschet su interesante obra: *Le duc de Saint-Simon, son cabinet et l'histoire de ses manuscrits*; París 1874.

Véase también la obra de A. Chéruel: *Saint-Simon considéré comme historien de Louis XIV*; París 1865. Es este un libro que favorece demasiado a Luis XIV, pero que contiene interesantes datos sobre el rey y sobre Mazarino.

Son también importantes para la historia de la corte francesa en tiempo de Luis XIV, las cartas de la condesa palatina Isabel Carlota, casada con el duque de Orleans. Esta correspondencia, que forma un complemento de las memorias de la señorita de Montpensier, ha sido publicada por H. Holland en Stuttgart en el año 1867. La autora, observadora atenta, aunque nada simpática, de los sucesos en la corte de Luis XIV, testigo de los grandes acontecimientos políticos y colocada por su posición a la proximidad de los personajes más culminantes de la época para poder juzgarlos y apreciarlos, da en estilo sincero, sin colorido artificial, pero a menudo apasionado y hasta cínico, muchas noticias importantes que la mayor parte de las memorias escritas en su tiempo.

delante de una mujer sin quitarse mas ó menos el sombrero, aunque fuese una camarista y la conociera por tal. Cuando hablaba con señoras, lo hacia siempre con la cabeza descubierta, y no se cubria sino despues de haberse separado de ellas.»

Constante en su afecto, como en su aversion y repugnancia, perdonaba á sus amigos pequeñas trasgresiones, pero era inflexible cuando las faltas eran grandes, sobre todo cuando iban dirigidas contra su autoridad ó dignidad. En



Luis XIV

cambio era tan accesible á la lisonja, que no se podia pecar con él por exceso; mientras por otro lado no soportaba la mas pequeña contradiccion, aunque fuese la mejor intencionada. Codicioso por carácter, se violentaba para derrochar y desplegar fausto solo por el afán de deslumbrar; y lo mismo sucedia respecto del valor personal que no era su cualidad prominente, pero cuando convenia no menoscabar su dignidad, sabia tambien aparentar en los peligros calma y sangre fria por mucho que le costase. Todas sus palabras, gestos, saludos, en suma, todos sus movimientos eran calculados y á pesar de esto naturales y graciosos. Su vida entera

Finalmente mencionaremos como material para consultar el: *Journal du marquis de Dangeau avec les additions inédites de Saint-Simon; édition Feuillet de Conches*, Paris 1854. El marqués de Dangeau, cortesano de Luis XIV, literato, empleado en elevados puestos de la administracion y en algunas embajadas de menor importancia, empezó en 1.º de abril de 1684 un diario en el cual anotaba puntualmente dia por dia los sucesos de la corte de Versalles, en estilo en extremo seco, pero con grandísima exactitud y veracidad. Por lo demás, era uno de los admiradores mas fanáticos de Luis XIV, y respetuosísimo de todo cuanto atañia á su rey. Este diario, que llega hasta el año 1720, describe exactísimamente la fisonomía de la corte de Versalles, y tiene la ventaja de fijar fechas dudosas. Saint Simon se lo hizo copiar y añadió gran número de observaciones y datos, como retratos de personas, anécdotas, notas sobre privilegios y fueros, genealogías, grados y categorías de nobleza, etc., por supuesto con todos los méritos y defectos de su modo de escribir. En estas observaciones marginales no pierde ocasion de mofarse de Dangeau, no obstante que este diario le sirvió de base para su propio trabajo.

era una ficcion, una comedia, pero representada con tanto arte, que solo la conocian las personas mas perspicaces.

Esta dignidad régia tan elevada y tan satisfecha de sí misma, estaba rodeada de un ceremonial de etiqueta que se diferenciaba muy poco de un culto dedicado á una divinidad, á fin de que el trono quedara colocado á inmensa é incomparable altura sobre todas las clases de la sociedad francesa. No se contentaba Luis XIV con ser como su abuelo «el primer noble» de su reino, sino que queria representar una individualidad inaccesible y mucho mas elevada que los individuos de la mas alta aristocracia. Todo estaba previsto y reglamentado; siendo además diferente el ceremonial segun los lugares donde se hallaba el rey; en Versalles regia una etiqueta, otra en Marly, y otra en Trianon, en Fontainebleau, etc. Aumentó considerablemente el número de cargos de palacio y del servicio de su real persona. Desde la mañana hasta la noche llenaban los grandes del reino las antesalas del rey, los corredores por donde tenia que pasar, la iglesia ó capilla real y los jardines que atravesaba. Así vivia la alta nobleza en una servidumbre dorada é inactiva, mientras los negocios serios y verdaderos del reino estaban encargados á gente plebeya.

Haciase despertar por la mañana á las ocho, y era la prerogativa mas grande la de poder asistir al acto de levantarse y vestirse S. M. Los primeros magnates consideraban como un favor incomparable poder presentar al monarca la camisa, el agua para lavar su augusta persona, las prendas de vestir, etc. Toda la corte habia de asistir de gran etiqueta á la misa, á la cual el rey jamás faltaba cuando no se lo impedía la salud, y allí era de ver cómo los cortesanos profanaban el sagrado recinto dando la espalda al altar para dar la cara al rey, arrodillado en el coro. En la comida, que solia ser de familia ó como la llamaban «de cubierto chico», á lo mas podia estar sentada la esposa del soberano á su lado. Su hermano, sus hijos y nietos podian estar presentes, pero de pie, para mirar como S. M. comia; además tenia Monsieur, es decir, su hermano, la prerogativa de presentar de cuando en cuando la servilleta al monarca. Mas brillante era la cena, á la cual casi siempre se invitaba un número mas ó menos grande de cortesanos, que se llamaban en alta voz de entre los presentes; y ¡qué dicha tan grande era para ellos oír pronunciar su nombre! Cada plato ó manjar que se servia era llevado desde la cocina á la real mesa en solemne procesion, guiada por once mayordomos de palacio, cada uno de los cuales llevaba una vara blanca en la mano. Al acostarse el rey volvian á estar presentes las personas mas principales, los altos dignatarios y favoritos; cada detalle del servicio estaba minuciosamente distribuido entre los mas favorecidos del dueño del mundo, al cual solo dejaban los cortesanos cuando estaba ya acostado y entregándose al descanso.

Así Luis XIV, desde que despertaba por la mañana hasta que se quedaba dormido por la noche, se veia rodeado de las personas mas ilustres del reino que le servian y adoraban. La vida de toda esta gente parecia girar exclusivamente al derredor de aquella única persona y existir solo bajo la influencia benéfica que emanaba de aquel sol. En la corte de España era extremado el ceremonial y severa la etiqueta, pero jamás se llevó á semejante divinizacion del monarca. Por lo demás, en este bizantinismo entraba por mucho el cálculo político, porque ¿qué sentimiento de independencia ni individualidad podian conservar los que disputaban sobre quién presentaria al rey el cubierto ó le abotonaria la casaca?

¡Y sin embargo, este potentado tan sereno, tan inmutable y tan por encima de todo el mundo, temblaba en medio de

su artificial divinidad! Continuamente su gobierno hacia abrir la correspondencia de sus súbditos, y le daba parte del resultado para cerciorarse de que no se tramaba ninguna conspiracion contra él; ni jamás ha sido custodiada la persona de monarca alguno con iguales precauciones que la de Luis XIV. Las tropas suizas y francesas daban la guardia exterior del palacio donde residia, y los guardias de corps tenian la de los aposentos interiores; no pasaba el rey de una estancia á otra sin que fuese custodiado el tránsito por estos servidores fieles. Cuando se permitia á un desconocido presentarse al rey, el oficial de guardia tenia que situarse de manera que pudiera observar todos sus movimientos é impedir á tiempo cualquier atentado á la sagrada persona del monarca. Solo franceses de confianza probada eran admitidos en este cuerpo. El camarero mayor dormia siempre delante de la cama del rey, y por lo regular tambien Bontemps, su criado mas antiguo y mas fiel. Grande era el terror que le inspiraba la muerte; sabido es que prefirió el palacio de Versalles al de San German en Laye, porque desde éste se veian las torres de la Catedral de San Dionisio, donde está el panteon de los reyes de Francia.

A imitacion de sus predecesores Luis XI y Enrique IV siguió Luis XIV el sistema de tener á los grandes de su reino alejados de toda influencia en la marcha de los negocios públicos, á pesar de la gran benevolencia con que los trataba. Encargó con preferencia el gobierno de la nacion á individuos que dependian enteramente de su favor, que fuera de él no tenian poder ni influjo, y que cuando él queria desaparecian de la escena á una sola señal suya y volvian á la nada. No queria solamente parecer dueño de todo, sino tambien serlo; por esto trabajaba como al principio de su reinado, personal y puntualmente en su despacho, teniendo tan bien repartidas las horas, que quedaba tiempo para todo. Con igual minuciosidad y exactitud trataba lo mas importante que lo mas pequeño, profesando el principio de que nada de cuanto tenia que ver con el trono y la persona del soberano era insignificante. Ni un cuarto de hora desperdiciaba; puntualmente asistia á los consejos de Estado, de hacienda y de gobierno (*conseil des dépêches*), y además conferenciaba respecto de los detalles del servicio con sus ministros de guerra, de marina, de obras públicas, etc. Tampoco faltaba al llamado consejo de conciencia, formado del arzobispo de Paris, el confesor y el canciller del rey, en el cual bajo la presidencia del monarca se disponia de las mitras y beneficios eclesiásticos vacantes. Para guardar secretos no habia otro como él.

Los ministros, para no herir su extrema susceptibilidad en lo que se referia á la majestad infalible y superior del monarca, ponian la mayor atencion en aparentar que todas las resoluciones emanaban de él, y hasta introducian de propósito errores y defectos visibles en sus cálculos y proyectos para darle el fácil mérito de corregirlos. Y en efecto, la instruccion del rey era tan incompleta; carecia hasta tal punto de dotes militares y administrativas, y el mecanismo gubernativo era tan vasto y complicado, que Luis XIV no pudo librarse de la suerte comun de los príncipes que están á la cabeza de grandes pueblos: la de depender de sus servidores; pero es evidente que con un hombre como Luis XIV se necesitaba mucha habilidad para hacerle creer lo contrario. Tenian que empezar los ministros por insinuar vagamente de un modo muy indirecto y gradual sus ideas y planes, á fin de que inconscientemente se penetrara el rey de ellos, los creyera al fin partos de su propia inteligencia, y como tales los propusiera á sus ministros. Despues si los resultados correspondian á las esperanzas, ponderaban su perspicacia y su claro talento. Sin embargo, le sobraba sagacidad para

conocer si se le servia y se ejecutaban sus órdenes bien ó mal; de suerte que no podian dormirse ni descuidarse ni disminuir un ápice en su actividad; cuanto mas que solia ocultar durante largo tiempo su descontento, para despues caer de repente é implacablemente sobre el culpable ó desgraciado. A fin de vigilar con mas facilidad y eficacia á sus ministros, escuchaba el rey personalmente á cualquiera de sus súbditos, en las audiencias, se entienda con las precauciones arriba descritas; y personalmente se entendia tambien con los embajadores extranjeros, inspeccionaba puertos y fortalezas y pasaba frecuentes revistas á las tropas. Todo esto sin embargo no podia suplir la falta de superioridad intelectual, y á pesar de todas sus astucias y precauciones, estaba Luis XIV gobernado sin saberlo en el régimen interior por Colbert, y en la política exterior y ramo militar por Louvois. La administracion, por efecto de la actividad incansable, de la vigilancia nunca interrumpida, de la inflexibilidad en la ejecucion de las resoluciones del poder central, vigorizado y hecho respetar por una constante y firme voluntad, y por efecto tambien del poder autocrático del monarca que dictaba las penas que queria, formaba un todo tan unido y compacto, una red tan espesa, complicada é indestructible, extendida sobre todo el reino, que ningun súbdito podia librarse de su alcance ni ningun extranjero negarle su administracion.



La Señorita de la Valliere

Para formar una idea de cuán sumisos tenian que mostrarse todos, desde el primero hasta el último, al gran director y maestro de este vasto mecanismo, no hay mas que considerar las expresiones que se veia obligado á usar en sus cartas al monarca aquel plebeyo, famoso por su trato grosero, y tan apreciado del rey por sus incomparables méritos, adquiridos en su servicio, es decir, Colbert. Bastarán las pocas muestras siguientes para calcular qué adulacion, qué servilismo y sumision elegantes no deberian mostrar los cortesanos almirados y exquisitos que no tenian mas recomendacion que estas mismas cualidades exteriores. En una carta del año 1672 califica Colbert las faltas que su hijo, una vez colocado en la administracion, necesariamente habria de cometer en sus trabajos, diciendo que «serian una grandísima fortuna porque quien iba á descubrirlas y enmendarlas era el mejor de los amos, el mas iluminado de los hombres, el rey mas grande y mas poderoso que jamás se habia visto en trono alguno.» Otra carta del año 1673 dice: «Todas